

la intimidad individual en un artista es fecunda sólo en la medida en que se nutra de la experiencia humana general, pues ésta no resulta simplemente de la suma de los acaeceres individuales, sino que es la conformadora, condicionante y, muchas veces, determinante, de dichas individualidades. La experiencia humana general es la experiencia del hombre social, de las relaciones sociales que los hombres necesaria e inevitablemente entablan y ellas constituyen el trasfondo ineludible de las experiencias individuales, en mayor o menor grado. No se trata de un promedio estadístico, sino de una realidad distinta y, sobre todo, básica, en última instancia.

YERKO MORETIC.



Puerto Engaño, de LEONARDO ESPINOZA.
Editorial Nascimento, 1959

MEDIANTE UNA LUCHA desesperada y sin tregua, un muchacho procura subsistir en un mundo en que, al peligro del aniquilamiento por hambre y frío, se unen aquellos riesgos originados en la vileza de seres humanos a los cuales las exigencias de esa misma lucha han vuelto violentos y crueles. Son hombres provistos de una feroz agresividad, muchos; tortuosos y traicioneros, otros; todos encenagados en el vicio y en el delito sin freno, hasta tal punto que semejan agitarse en las miasmas de un avanzado grado de descomposición social.

El muchacho es chileno; tiene sólo 17 años y llega a Nueva York tras la fortuna. El mundo turbio y temible en el cual se debate está formado precisamente por barrios, pensiones, prostíbulos, garitos y muelles de la gran urbe, hirvientes de miles y miles de latinoamericanos urgidos, asimismo, por la imperiosa necesidad de no ser destrozados.

Leandro, nuestro compatriota, es uno de los pocos que, junto con proteger su vida, también defiende todavía el derecho a mantenerse digno, a no dejarse arrastrar hacia los bestiales recursos que los demás insensiblemente han tenido que utilizar.

Durante cinco años soporta esa lucha, logrando liberarse de sus ásperas y peligrosas alternativas solamente cuando por fin regresa a Chile.

Tal es el contenido central de esta apasionante novela de aventuras, diná-

mica como pocas, absorbente como la mejor. El calificativo "novela de aventuras", sin embargo, no pretende asimilarla a los relatos que buscan la espectacularidad a toda costa, sobre todo a costa de hacer inverosímil el forzado engarce de sus truculentos episodios. "Puerto Engaño" es una novela forjada sobre experiencias personales, y experiencias entendidas, además, en todo su profundo valor representativo de realidades esenciales.

Lo que nunca falta a lo largo de estas páginas, ni aun en el delineamiento de los caracteres más desquiciados o de los ambientes más sórdidos, es el implícito contraste que aquéllos provocan al chocar con la integridad juvenil del protagonista. Lejos está Leandro de constituir un ser seráfico: lleva los ojos demasiado abiertos y asimila rápidamente las rudas enseñanzas. A la violencia aprende a responder con la violencia y hasta alcanza a gozar los deliquios propios de algunos hábitos viciosos. Tales aparentes claudicaciones, no obstante, son inevitables tributos que paga por haber caído en un mundo tan selvático, despiadado, inexorable; en lo fundamental, sigue siendo un hombre que ama, sueña, sufre, desea, entrega o espera tanto como cualquier otro muchacho en un grupo social menos bárbaro.

Resulta notablemente efectivo —y en íntima relación con el extraordinario poder caracterizador de Espinoza— el ansioso estado de alerta con que Leandro enfrenta siempre a los demás. Se trata de una cautela en la que constantemente se debaten, por un lado, la seguridad de un inminente gesto ofensivo o criminal —que es preciso evitar o frustrar— y, por el otro, la esperanza de que alguna vez afloren las actitudes positivas, la generosidad o el amor.

En esta acechancia ambivalente que, por supuesto, ha de fructificar en la respuesta activa adecuada, descansa el principal resorte usado por Leandro para resolver con éxito los escabrosos encuentros con sus posibles antagonistas.

Desde allí surge también la fecunda visión que de los diversos personajes va ofreciendo el escritor a los lectores. Eso explica, por ejemplo, que ninguno de ellos quede juzgado de una vez por todas y que, al contrario, sólo a través de sus intervenciones vayan desenvolviendo —y, es obvio, al compás de las circunstancias cambiantes—, toda la complejidad y riqueza de sus personalidades.

Dicho de otra manera, Espinoza no ha hecho esquemas de sus creaturas; ninguna podría señalarse como falsa en sus virtudes o defectos, en su lenguaje o gestos. Si bien el autor casi no las describe ni explica, las hace accionar y dialogar, emergiendo de esa acción y de ese diálogo dotadas de una reciedumbre realista poco común. Esa misma posición del narrador-protago-

nista asumida frente a sus temibles prójimos, está en la raíz de la viril ternura que tanto contribuye a vitalizar el libro, pues permite comprender que no todos los seres se encuentran ciento por ciento bestializados, ni la confianza en ellos y en su porvenir se ha extinguido totalmente.

“Los Antinorteamericanos”, de Alvah Bessie; “Un Largo Día en una Vida Breve”, de Albert Malt, y “Caballo de Copas”, de Fernando Alegría, son algunas de las novelas recientes que han sintetizado poderosamente diversos aspectos esenciales del modo de vida norteamericano. Sin forzar en absoluto tal agrupamiento, puede agregarse ahora “Puerto Engaño”, cualquiera que haya sido el grado de conciencia de su autor al respecto. Las significaciones que el arte realista alcanza sobrepasan, muchas veces, como lo demuestra la historia literaria, la trascendencia de las propias concepciones del creador (Balzac constituye el ejemplo clásico).

Lo cierto es que, en “Puerto Engaño” tanta podredumbre, tanta salvaje energía puesta en juego, y sobre todo, tanta audacia amoral por parte de los hombres, no puede explicarse, para el lector, sino por las infinitas limitaciones y frustraciones que sufren todas las ansias naturales, biológicas y afectivas, de quienes deben adoptar, necesaria e imperativamente, esos tipos de lucha, a fin de alimentarse, vestirse, amar, procrear, a fin de sobrevivir...

Estos innumerables latinoamericanos, deformados y mutilados en sus esencias síquicas, no residen en Nueva York como en un paraíso. La desocupación con todas sus decisivas consecuencias, los prejuicios raciales y el cruel hostigamiento policial denuncian las monstruosas relaciones entre los hombres, sobre las cuales reposa esa deshumanizada sociedad. Por lo demás, el mismo protagonista vive un proceso de transformaciones harto elocuente, pues, si al principio sólo es un niño casi indefenso, lleno de miedo y golpeado sin resistencias serias, al final se ha convertido en un mocetón beligerante que devuelve los golpes con toda su alma; más aún, que los propina a veces por iniciativa propia. Es decir, a pesar de sus ingentes esfuerzos, y de que todavía mantiene su sustantividad primigenia, experimenta, quiera o no, los cambios exigidos por el medio.

Relato franco, veloz, recio, impregnado de ternura, exento de todo verbalismo supérfluo, vigorosamente realista, en fin, “Puerto Engaño” constituye una de las más gratas sorpresas literarias de los últimos años y marca el comienzo excepcionalmente feliz de un nuevo relatista chileno.